

STAR WARS.

A movie poster for Star Wars: The Force Awakens. The background is a close-up of Rey's face, looking slightly to the right. In the lower right corner, Finn is shown from the chest up, looking forward. A bright green light, likely from a lightsaber, cuts diagonally across the scene from the top right towards the bottom left.

LA GUERRA DE LAS GALAXIAS

EL PLANETA MISTERIOSO

GREG BEAR

29 años A. B. Y.

El joven Anakin Skywalker ha sido admitido en el Templo Jedi de Coruscant, donde es el padawan del Maestro Jedi Obi-Wan Kenobi, y continúa reparando androides averiados.

El recuerdo de su madre, aún esclava en Tatooine, es lo único que ensombrece su vida.

Obi-Wan es consciente de las increíbles dotes de su discípulo Anakin. Ambos acogen con entusiasmo la importante misión que les encomienda el Consejo Jedi: ir a un misterioso planeta perdido en la periferia galáctica para averiguar qué ha sido de una joven Jedi enviada allí.

Este enigmático planeta, a pesar de su escaso desarrollo tecnológico, cuenta con unas naves increíblemente veloces y sofisticadas, que están vivas y se encuentran unidas a su dueño por un vínculo telepático que sólo la muerte puede romper. Anakin siempre ha deseado viajar por la galaxia y por fin podrá ser el piloto legendario de sus fantasías infantiles.

Pero el secreto del planeta resulta más oscuro de lo esperado. Un gran cambio está a punto de sacudir la Fuerza y los destinos de la galaxia y del joven Anakin.

Para Jack, y Ed, y Doc Smith,
para Isaac,
y para George
Maestros de la aventura

**Hace mucho tiempo,
en una galaxia muy, muy lejana...**

1

Anakin Skywalker esperaba en una larga fila dentro de un túnel de mantenimiento abandonado que llevaba al pozo de basura del distrito de Wicko. Con un suspiro de impaciencia, el muchacho alzó sus alas de carrera cuidadosamente plegadas sujetándolas por su arnés de cuero y puso el grueso timón encima de la tira de su sandalia de vuelo. Después apoyó las alas en la pared del túnel y, con la lengua entre los labios, aplicó la pequeña hoja reluciente de un soldador de bolsillo, manejándola como si fuera una diminuta espada de luz, a una grieta en la abrazadera lateral izquierda. Una vez terminadas las reparaciones, Anakin imprimió un vaivén experimental al rotador. El componente reparado funcionó a la perfección a pesar de que ya tenía muchos años.

Tan sólo hacía una semana que le compró las alas a un antiguo campeón del vuelo en los pozos que se había roto la espalda. El muchacho había obrado prodigios en un tiempo récord, lo que le permitiría volar en la misma competición en la que el campeón había puesto fin a su carrera. Anakin adoraba sentir cómo le crujían los huesos bajo el potente tirón de las alas de carrera durante el vuelo. Saboreaba la velocidad y la extremada dificultad de la misma manera en que algunos saborean la belleza del cielo nocturno, tan difícil de ver en Coruscant con su eterno resplandor ciudadano que circundaba todo el planeta. Anhelaba la competición, e incluso el hedor nervioso de los participantes, todos ellos marginados y escoria de la sociedad, le parecía emocionante.

Pero por encima de todo, le encantaba ganar.

La carrera del pozo de basura era ilegal, por supuesto. Las autoridades de Coruscant intentaban preservar la imagen de un digno y respetable planeta metropolitano, capital de la República, centro de la ley y la civilización para decenas de millares de sistemas estelares. La verdad no podía ser más distinta, si sabías dónde mirar, y Anakin siempre sabía de una manera instintiva hacia dónde había que mirar.

Después de todo, había nacido y se había criado en Tatooine.

Aunque le encantaba el adiestramiento Jedi, embutirse en unas prendas filosóficas tan ceñidas no resultaba nada fácil. Anakin había sospechado desde el primer momento que en un mundo donde un millar de razas y especies se reunían para parlamentar tenía que haber lugares muy divertidos.

El señor del túnel que supervisaría la carrera era un naplouseano, poco más que un amasijo de tejidos delgados como hilos provisto de tres piernas y un nudo de húmedos ojos relucientes.

—La primera bandada ya haber alzado el vuelo —siseó mientras avanzaba con rápidos y gráciles giros por el estrecho túnel de lisas paredes. El naplouseano hablaba básico salvo cuando estaba enfadado, ya que entonces se limitaba a apestar—. ¡Alas! ¡Arriba! —ordenó.

Anakin se echó las alas al hombro con una serie de gruñidos profesionalmente sincronizados, uno-dos-tres, pasó los brazos por debajo de las correas de sujeción y se ciñó el arnés, que había tenido que recortar un poco para adaptarlo al cuerpo de un niño humano de doce años.

El naplouseano examinó a cada participante con muchos ojos críticos. Cuando llegó a Anakin, deslizó una delgada cinta de tejido reseco por entre sus costillas y las correas y tiró de ellas con una fuerza que casi hizo caer al muchacho.

—¿Quién ser tú? —tosió el señor del túnel.

—Anakin Skywalker —dijo el muchacho.

Anakin nunca mentía, y nunca le preocupaba la posibilidad de ser castigado.

—Tú ser muy osado —observó el señor del túnel—. ¿Qué decir tu madre y tu padre si nosotros devolverles un chico muerto?

—Criarían otro —respondió Anakin, esperando hablar como un duro veterano seguro de sí mismo por mucho que en realidad le diera igual lo que pudiese opinar el señor del túnel con tal de que le dejara correr.

—Yo conocer a los corredores —dijo el naplouseano, con sus múltiples ojos disputándose el mejor ángulo de visión—. ¡Tú no ser un corredor!

Anakin mantuvo un respetuoso silencio y se concentró en el círculo de tenue luz azulada que tenía delante, el cual iba aumentando de tamaño conforme se acortaba la fila.

—¡Ja! —ladró el naplouseano, a pesar de que a su especie le resultaba imposible reírse.

Después siguió fila abajo, tirando, empujando y repartiendo más lúgubres pronósticos de catástrofe ante el pequeño enjambre adoratorio de cámaras androides que lo seguían allá donde fuera.

Una voz muy tenue habló detrás de Anakin.

—Has corrido aquí antes.

Anakin ya llevaba un rato siendo consciente de la presencia del tallador de sangre que esperaba en la cola detrás de él. Sólo había unos centenares de representantes de su especie en todo Coruscant, y hacía menos de un siglo que se habían unido a la República. Los talladores de sangre eran unos seres impresionantes: esbeltos, gráciles y con la piel de un dorado iridiscente, sus largas extremidades estaban provistas de tres articulaciones y sus pequeñas cabezas remataban un cuello muy delgado.

—Dos veces —dijo Anakin—. ¿Y tú?

—Dos veces —dijo el tallador de sangre afablemente, y después pestañeó y miró arriba. Su extraña nariz se desple-

gaba a través del angosto rostro del tallador de sangre formando dos faldones carnosos que hacían pensar en un escudo partido, medio escondiendo su ancha boca carente de labios. Los faldones nasales minuciosamente tatuados eran al mismo tiempo sensores de olor y unas orejas dotadas de una gran sensibilidad, una doble función en la que también tomaban parte los dos diminutos orificios que había detrás de sus pequeños ojos negros como el ónice—. El señor del túnel tiene razón. Eres demasiado joven.

Hablaba un básico impecable, como si hubiera sido educado en las mejores escuelas de Coruscant.

Anakin sonrió e intentó encogerse de hombros. El peso de las alas de carrera frustró el gesto.

—Probablemente morirás ahí abajo —añadió el tallador de sangre, lanzándole una mirada altiva e impasible.

—Gracias por el apoyo —dijo Anakin enrojeciendo.

Las opiniones profesionales como la del señor del túnel no le afectaban, pero no soportaba que lo menospreciaran, y si había algo que odiara especialmente era que un oponente intentara ponerlo nervioso antes de la carrera.

Miedo, odio, ira... El viejo trío con el que Anakin luchaba cada día de su vida, aunque sólo revelaba sus emociones más profundas a un hombre: Obi-Wan Kenobi, su maestro en el Templo Jedi.

El tallador de sangre se inclinó levemente sobre sus piernas de tres articulaciones.

—Hueles igual que un esclavo —murmuró, hablando sólo para los oídos de Anakin.

El muchacho tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no tirar las alas al suelo y saltar sobre la larga garganta del tallador de sangre. Después se tragó sus emociones y las puso a buen recaudo en una parte helada y secreta de su ser, guardándolas junto con todas las otras cosas oscuras que se había traído consigo de Tatooine. El insulto del tallador de sangre había dado justo en el blanco, lo cual avivó la ira de Anakin e hizo que le resultara todavía

más difícil controlarse. Tanto él como su madre, Shmi, habían sido esclavos de Watto, el altanero tratante de chatarra. Cuando el Maestro Jedi Qui-Gon Jinn ganó a Anakin en la apuesta que hizo con Watto, tuvieron que dejar a Shmi en su poder..., algo en lo que Anakin pensaba cada día de su vida.

—¡Vosotros cuatro ser los próximos! —siseó el señor del túnel, pasando velozmente junto a ellos con la parte central de su cuerpo revoloteando igual que cintas en la peonza de un niño.

* * *

Mace Windu andaba por un estrecho pasillo lateral en el dormitorio principal del Templo Jedi, absorto en sus pensamientos con los brazos metidos dentro de sus largas mangas, cuando faltó poco para que fuera derribado por un esbelto y joven Jedi que salió corriendo de una puerta. Mace logró hacerse a un lado ágilmente justo a tiempo para evitar el choque, pero sacó un codo y rozó deliberadamente con él al joven Jedi, quien se volvió en redondo.

—Perdonadme, maestro —se disculpó Obi-Wan, apresurándose a inclinarse ante Mace—. Qué torpe soy.

—No ha pasado nada —dijo Mace Windu—. Aunque deberías haber sabido que estaba aquí.

—Sí. El codo. Un correctivo. Os lo agradezco.

De hecho Obi-Wan se sentía más bien avergonzado, pero no había tiempo de explicar las cosas.

—¿Tienes prisa?

—Mucha —dijo Obi-Wan.

—¿El elegido no se encuentra en sus alojamientos?

El tono de Mace contenía tanto ironía como respeto, una combinación en la que era particularmente experto.

—Sé a dónde ha ido, maestro Windu. He encontrado sus herramientas y su banco de trabajo.

—Y supongo que se trata de algo más serio que el que esté construyendo androides que no nos hacen ninguna falta.

—Sí, maestro —dijo Obi-Wan.

—Acerca del chico... —comenzó a decir Mace Windu.

—Cuando haya tiempo, maestro.

—Por supuesto —dijo Mace—. Encuéntralo. Luego hablaremos... y quiero que él esté allí para escuchar.

—¡Por supuesto, maestro!

Obi-Wan no trató de disimular su prisa. Pocos podían ocultar la preocupación o sus intenciones a Mace Windu.

Mace sonrió.

—¡El muchacho te aportará sabiduría! —gritó mientras Obi-Wan salía corriendo del pasillo para dirigirse hacia el turboascensor y la salida de transporte aéreo del Templo.

La broma no irritó en lo más mínimo a Obi-Wan. De hecho, él era de la misma opinión. Sabiduría, o locura. No podía haber nada más ridículo que el que un Jedi siempre tuviera que estar corriendo detrás de un padawan que no hacía más que crearle problemas. Pero Anakin no era un padawan corriente. Había sido confiado a Obi-Wan por su amado maestro en persona, Qui-Gon Jinn.

Yoda le había planteado la situación de manera bastante solemne hacía unos meses mientras estaban acucillados delante de un fuego de carbón de leña sobre el que se cocían unas cuantas lonchas de wurr y pan de shoo en la pequeña habitación de techo bajo del joven Jedi. Yoda se disponía a dejar Coruscant para atender ciertos asuntos que no eran de la incumbencia de Obi-Wan, y puso fin a un largo silencio pensativo diciendo:

—A un problema muy interesante te enfrentas, y de esa manera a él todos nos enfrentamos, Obi-Wan.

Obi-Wan, siempre cortés, inclinó la cabeza como si no fuera consciente de que hubiese ningún problema.

—El elegido Qui-Gon nos dio a todos, sin que haya sido probado y estando lleno de miedo, y tuyo es para salvarlo.

Y si no lo salvas...

Después Yoda no le había dicho nada más acerca de Anakin. Las palabras de Yoda resonaron en los pensamientos de Obi-Wan mientras cogía un taxi aéreo para ir a la periferia del Distrito del Senado. El trayecto sólo duró unos minutos, con vertiginosos giros y maniobras a través de centenares de niveles de tráfico y carriles más baratos de velocidad limitada.

Aun así, Obi-Wan temía que el taxi no estuviera yendo lo bastante deprisa.

* * *

El pozo se extendió ante Anakin cuando salió a la plataforma que había debajo del túnel. Los otros tres participantes en aquel vuelo intercambiaron codazos y empujones en un intento de ver mejor. El tallador de sangre fue particularmente brusco con Anakin, quien había esperado poder reservar todas sus energías para el vuelo.

«¿Qué demonios le pasa?», se preguntó el muchacho.

El pozo tenía dos kilómetros de anchura y tres de profundidad desde la cara superior del último escudo acelerador hasta las tinieblas del fondo. Aquel viejo conducto de mantenimiento había sido construido justo encima del segundo escudo acelerador. Alzando la cabeza y entrecerrando los ojos, Anakin pudo distinguir la cara inferior del segundo escudo, un gigantesco techo cóncavo atravesado por la complicada pauta geométrica de cientos de agujeros que le hicieron pensar en un colador puesto del revés en la cocina de Shmi en Tatooine. Pero cada agujero de aquel colador medía diez metros de diámetro. Centenares de haces de luz solar caían de los agujeros para atravesar la penumbra, actuando como relojes de sol para indicar la hora en el mundo desprotegido, muy por encima del túnel. Ya era más del meridiano.

Había más de cinco mil pozos de basura como aquél en Coruscant. La ciudad-planeta producía un trillón de toneladas de basura cada hora. Los residuos —escudos de fusión, núcleos hiperimpulsores consumidos y mil subproductos más de un mundo rico y altamente avanzado— eran demasiado peligrosos para que se los pudiera reciclar, por lo que eran llevados al distrito de los pozos. Allí los residuos eran metidos en contenedores que, tras ser sellados, viajaban a lo largo de carriles magnéticos hasta llegar a un inmenso cañón circular situado debajo del escudo inferior. Cada cinco segundos, una andanada de contenedores era expulsada del cañón por la detonación de varias cargas químicas. Después los escudos guiaban la trayectoria de los contenedores a través de sus agujeros, les proporcionaban un empujón extra mediante un campo tractor y los enviaban a órbitas minuciosamente controladas alrededor de Coruscant.

Hora tras hora, los navíos del servicio de basuras en órbita recogían los contenedores y los llevaban a las lunas exteriores para que fueran almacenados en ellas. Algunas de las cargas más peligrosas eran disparadas hacia el tenue resplandor amarillo del gran sol, donde desaparecerían igual que motas de polvo arrojadas al interior de un volcán.

Era una operación tan precisa como necesaria, llevada a cabo día tras día y año tras año con la puntualidad de un mecanismo de relojería.

Hacia cosa de un siglo, a alguien se le ocurrió convertir los pozos en un centro deportivo ilegal donde los jóvenes aspirantes a matones de los barrios violentos de Coruscant podían demostrar su temple en las profundidades muy por debajo de la resplandeciente ciudad superior. El deporte llegó a hacerse sorprendentemente popular en los canales de entretenimiento pirata que surtían a los apartamentos de élite, perdidos en las alturas de las torres próximas a las estrellas que elevaban sus moles por todo el mundo-capital. Las sumas de dinero generadas llegaron a ser lo bastante grandes para que algunos de los maestros de los pozos

pudieran ser persuadidos de que hicieran la vista gorda, siempre que los participantes fueran los únicos que corrieran peligro.

Un contenedor de basura proyectado a través de los escudos aceleradores podía aplastar a una docena de corredores sin sufrir ningún desperfecto. El último escudo le proporcionaría el empujón corrector necesario para compensar la pérdida de unas cuantas vidas insignificantes.

Anakin contempló con tensa concentración la parpadeante luz de salto que relucía en el techo del túnel, apretando los labios y abriendo desmesuradamente los ojos mientras un tenue rocío de sudor cubría sus mejillas. En el interior del túnel hacía mucho calor. Podía oír el rugido de los contenedores y ver cómo sus motitas plateadas atravesaban los agujeros del escudo para poner rumbo hacia el siguiente nivel superior, dejando tras de sí estelas azules de aire ionizado.

La atmósfera del pozo, saturada de ozono y del olor a goma quemada producido por los lanzamientos del cañón, olía como un taller de generadores baratos.

El señor del túnel revoloteó hacia la salida para dar ánimos al próximo equipo.

—¡Gloria y destino! —clamó el naplouseano, asestando una palmada al soporte que unía las alas de Anakin.

El muchacho mantuvo la concentración, tratando de percibir dónde estarían las corrientes en aquel nivel y en qué puntos se acumularían los pequeños remolinos de ascenso y hundimiento a medida que se formaban y giraban entre los escudos. El ozono siempre alcanzaría su máxima concentración en las áreas donde los vientos serían más intensos y peligrosos. Y por cada andanada de contenedores que atravesaba los escudos siguiendo una formación minuciosamente prefijada, no tardaría en haber otra que seguiría una serie cuidadosamente calculada de rutas alternativas.

«Es muy fácil. Como volar entre una tormenta de la que llueven gotas de acero...».

Los contrincantes de Anakin ocuparon sus puestos en la salida del túnel, disputándose la mejor posición en la plataforma. El tallador de sangre empujó al muchacho con la punta azabache de su ala derecha. Anakin la apartó de un manotazo y mantuvo la concentración.

El naplouseano alzó su extremidad-cinta, la punta enroscándose y extendiéndose en un rápido temblor de expectación.

El tallador de sangre ocupó su puesto a la izquierda de Anakin y cerró los ojos hasta convertirlos en dos rendijas. Sus faldones nasales repletos de diminutas cavidades sensoriales latían y vibraban, barriendo el aire en busca de pistas.

El naplouseano emitió una especie de ronco gemido — su manera de maldecir— y ordenó a los participantes que no se movieran. Un androide volador de mantenimiento estaba llevando a cabo un barrido de aquel nivel. Desde el lugar donde esperaban, el androide era visible bajo la forma de una motita, un punto minúsculo que zumbaba alrededor de la enorme circunferencia gris del pozo mientras lanzaba tenues notas musicales entre el rugido y los estridentes siseos de los contenedores.

Los administradores podían ser sobornados, pero los androides no. Tendrían que esperar a que aquél descendiera al nivel inferior.

Otra andanada de contenedores fue disparada a través de los escudos con un estruendo ensordecedor. Las estelas iónicas azuladas se enroscaron como serpientes fantasmales entre el disco cóncavo del escudo inferior y la masa convexa del escudo superior.

—Así vivirás un poco más de tiempo, pequeño muchacho humano que huele a esclavo —le susurró el tallador de sangre a Anakin.

* * *

En contra de todas sus inclinaciones personales, Obi-Wan había asumido la obligación de mantenerse al corriente de los pormenores de cuanto estuviera relacionado con las carreras ilegales en un radio de cien kilómetros alrededor del Templo Jedi. Anakin Skywalker, su pupilo, su responsabilidad, era uno de los mejores padawans del Templo y hacía honor con creces a la promesa que Qui-Gon Jinn había percibido en él, pero como para compensar esa promesa aportando una especie de contrapeso a las sorprendentes capacidades del muchacho, Anakin se veía obligado a cargar con un peso equivalente en defectos.

Su búsqueda de la velocidad y la victoria seguramente era el más irritante y peligroso de ellos. Qui-Gon Jinn tal vez hubiera alentado esa faceta del carácter del muchacho permitiéndole correr por su libertad, tres años antes, en Ta-tooine.

Pero Qui-Gon ya no estaba allí para poder justificar sus acciones.

¡Cómo echaba de menos Obi-Wan la impredecible energía de su maestro! Qui-Gon había impulsado a su joven discípulo a dar lo mejor de sí mismo mediante lo que al principio parecían ser meras observaciones sarcásticas, a pesar de que después siempre acababan resultando ser profundas lecturas de su situación.

Bajo su guía, Obi-Wan se había convertido en uno de los Caballeros Jedi más capaces y sensatos del Templo. Pese a todos sus talentos, de muchacho Obi-Wan se parecía bastante a Anakin: él también había sido terco y se enfadaba con facilidad. Obi-Wan no tardó en encontrar el centro tranquilo de su lugar en la Fuerza, y actualmente prefería llevar una existencia lo más tranquila y ordenada posible. No soportaba que hubiera conflictos dentro de sus relaciones personales. Con el paso del tiempo, Obi-Wan llegó a